



Crónica de España

DEMOCRACIA FASCISTA

LA condena a muerte de la CAMPSA, decidida por los sicarios del multinacionalismo, me tiene estos días muy ocupado en estudiar los antecedentes del problema. La CAMPSA debe tomarse como la prueba concluyente del signo nacional o antinacional del actual régimen político. Voy más allá. La actitud respecto de la CAMPSA de muy notorios políticos y tecnócratas españoles, especialmente a partir del cambio de Gobierno de 1969, ofrece indicaciones deslumbradoras sobre el trasfondo del proceso político durante los últimos diez años.

Además del excelente número de la revista *Hacienda Pública Española*, dedicado al tema de la energía, que inserta un estudio lucidísimo del profesor Velarde Fuertes (*Dictamen sobre el posible futuro económico de la CAMPSA*, págs. 275 a 303) emitido en 1971, a petición del Ministerio de Hacienda, he vuelto al gozo de la confirmación de un gran patriota y un envidiable hombre de Estado en la figura de José Calvo Sotelo. En mi juventud alimenté toda una serie de reservas instintivas hacia Calvo Sotelo, lo mismo que hacia otros políticos de la pobre derecha española. Hubieron de pasar los años para centrar la dimensión de unas y otras figuras. Respecto a Calvo Sotelo les habrá sucedido lo que a mí a numerosos falangistas con vocación universitaria. Su memoria *Mis servicios al Estado* la leí tardíamente. Ha existido sobre este libro una extraña confabulación de silencio y es de agradecer la edición del Instituto de Estudios de Administración Local, en 1974, de la que apenas si se hace referencia, como si una de las consignas inapelables de la gilidemocracia o pornodemocracia del señor Suárez y sus restantes compinches centristas, socialistas y comunistas, fuera la de asfixiar las muestras más netas de patriotismo y honestidad del nacionalismo español. Por ahí va, sin duda, el barrido inquisitorial de calles, plazas, monumentos, archivos y restantes expresiones de un tiempo en que España vivía para España y hacía frente, desde su amor a la libertad y a la soberanía, a los intentos colonialistas del multinacionalismo capitalista y del internacionalismo marxista.

En mis frecuentes coloquios con grupos de españoles angustiados, suelo hacer referencia al equivalente *histórico* entre la dictadura de Primo de Rivera y el fascismo. Y advierto enseguida que el fracaso de la inevitable experiencia histórica del fascismo, se truncó en España prematuramente, pese a la perfección técnica del golpe de Estado de 1923, por dos razones fundamentales: la enorme dimensión liberal del general, en la más pura e hispánica dimensión de este hermoso vocablo, luego prostituido al apropiárselo el racionalismo; y la traición de los socialistas a su destino nacional, en favor de su envilecedora servidumbre al internacionalismo. La intuición de este fenómeno, extraída de algunos relatos que de aquel período oí a mi padre y de posteriores lecturas, se enriqueció con datos veraces tras el conocimiento de *Mis servicios al Estado*. La traición de los socialistas a España, queda reforzada en la lectura de la colección de *El socialista*, la cual demuestra hasta qué punto el PSOE es vetusto y permanece anclado en la tosquedad demagógica, en los vicios y en los tópicos de 1910. Del espíritu liberal del general Primo de Rivera, a cuya magnanimidad deben los socialistas la mayoría de las Casas del Pueblo que ahora reivindicán, ilustra ampliamente José Calvo Sotelo.

En la actual relectura me ha atraído un subrayado anterior. Se refiere al período de 1926, cuando Primo de Rivera buscaba afanosamente una normalidad constitucional y confiaba a Calvo Sotelo: «No tenemos obligación de copiar a otros pueblos. Construyamos un régimen peculiar, castizo, adaptado a nuestras necesidades, limpio de sombrajes exóticos...» El general veía con claridad el problema. Pero no correspondía a él inventar la ideología y la estructura de una democracia a la española y para españoles.

Fue por aquel entonces cuando Eduardo Aunós regresó de un viaje a Italia y trajo consigo un consejo de Benito Mussolini, cortado por el patrón del más tópico cinismo italiano. Alentaba Mussolini a la rápida constitución de un Parlamento. «Es el traje que hay que lucir en la *soirée* internacional», advertía el Duce. Y apostilla Calvo Sotelo: «Con cualquier sistema y por cualquier procedimiento; lo esencial, a su juicio, no era el estilo, sino que naciese y viviese.»

Después de la Segunda Guerra Mundial y de la creación de la religión laica de la Declaración de los Derechos Humanos ha tomado carta de naturaleza en el mundo el consejo de Mussolini. No importa el sistema ni el estilo. Menos todavía el contenido. No es la democracia lo que debe instalarse a toda costa, sino la apariencia de democracia. Este es el gigantesco engaño construido por los motores de la marcha hacia el «gobierno mundial», del que la ONU es un anticipo, con su rudimentario Ejército de «cascos azules». No son demócratas los regímenes que defienden la libertad y la convivencia, de acuerdo con sus tradiciones y sus culturas nacionales. Sólo son demócratas los sistemas que se avienen a servir la confabulación materialista de poder a escala mundial. Para ellos se estampilla una credencial de democracia y no importa ya que bajo ella se cobije una brutal tiranía, sea marxista o capitalista.

Creo que está lo bastante retratado el sistema político español, bajo el que se destruyen las conquistas de todo un pueblo, se prostituye la conciencia nacional, se corrompe la moral tradicional y se entrega a treinta y seis millones de españoles al colonialismo de las internacionales. Vivimos bajo la dictadura de un fascismo partidocrático, del que se benefician promiscuamente UCD, PSOE y PCE, cuyos líderes hacen de mayores, del liberalcapitalismo y del capitalismo de Estado.

Ismael MEDINA